

Individuos al Borde de lo Humano

José Silberstein¹

En este trabajo me referiré a los 'asesinos seriales' como agentes del mal. Para ello, me he basado en ideas de varios autores, para describir el modelo Continente-contenido, objeto del *Self* extraño, místico destructivo y fanático.

El Mal ha sido entendido como derivado de la Posición esquizoparanoide y de la Identificación proyectiva, utilizada para la evacuación de sentimientos intolerables que no pudieron ser metabolizados por la mente asesina. El sentimiento intolerable es el Terror sin nombre, sumado a la activación del sadismo, que denuncia una sexualidad perversa. Todo esto tiene un objetivo defensivo, porque la eliminación de la víctima implica la fantasía de liberación de emociones violentas y atormentadoras, aunque se queda encerrado en un circuito mortal: búsqueda de la víctima: identificación proyectiva del "terror sin nombre"; eliminación de la víctima; introyección de la experiencia aterradora; nuevamente la búsqueda de una nueva víctima, y así sucesivamente.

Comenzaré con una referencia al Evangelio de Marcos:

Llegaron a la orilla del lago...Apenas había bajado Jesús de la barca un hombre vino a su encuentro, saliendo de entre los sepulcros, pues estaba poseído por un espíritu malo. El hombre vivía entre los sepulcros y nadie podía sujetarlo ni siquiera con cadenas.

Varias veces lo habían amarrado con grillos y cadenas y hacía pedazos los grilletes, y nadie lograba dominarlo. Día

y noche, andaba por los cerros, entre los sepulcros, gritando y lastimándose con las piedras...

Cuando Jesús le preguntó ¿Cómo te llamas? Contestó "Me llamo Legión, porque somos muchos" (Marcos 5,1-20).

La palabra 'mal' está unida al odio, la ira y la conducta violenta. Esto conduce a diferenciarlo del 'bien'.

El Mal casi siempre ha sido encarado desde el vértice teológico. La tradición agustiniana lo entiende como la ausencia del Bien. Para San Agustín, era el caos y la confusión, todo aquello que impedía ver con claridad. En Confesiones hablaba de *privatio bono*, y de que el mal adquiriría existencia siempre y cuando se negara la ausencia del bien.

Melanie Klein (1957) destacó la importancia de la Envidia, como el deseo de no tolerar lo bueno, porque el sujeto no lo posee. Así pues, hace referencia a un libro *The Parson's Tale*, donde uno de los personajes, que la considera como el peor de los pecados, porque es un pecado contra toda virtud y toda bondad (p. 28) En ese sentido, la Envidia no es sino una cualidad de la maldad.

Existe una figura que puede ser considerada como emblemática del mal; me estoy refiriendo a los homicidas conocidos como 'asesinos seriales'.

El término mismo fue acuñado por Robert Ressler, a mediados de la década de 1970, para incluir a todo homicida que cometiera un asesinato por lo menos tres veces, y con un espacio

¹ Miembro Asociación de Psicoanálisis de Rosario (AdePRO). jsilberstein@arnet.com.ar

de tiempo entre uno y otro. Estos criminales eligen cuidadosamente a sus víctimas, que en su mayoría poseen características similares. Por lo general, son de sexo masculino, de raza blanca, de 20 a 30 años de edad, y siempre 'cazan' a sus víctimas. Su personalidad y modo de vida los descartan como sospechosos, pues, por lo general, son reservados, ordenados, meticulosos, pulcros, agradables, de buenos modales y solitarios.

La inclinación a la violencia se pone de manifiesto cuando han tenido un pasado de rechazo, que afectó la estima de sí (conflictos sexuales, cuestionamiento de la sexualidad, etc.). El egocentrismo es recuperado mediante la instalación de un *Self* grandioso, a través del acto homicida. Eso los hace sentirse omnipotentes y más inteligentes que la policía. Cuando la víctima es atrapada, el asesino asume el control de la situación, se excita siendo dominado por el instinto sexual. Estos sujetos no tienen remordimientos ni les preocupa la actitud aberrante de sus actos. Algunos son dominados por fantasías sexuales, mucho tiempo antes de cometer sus atrocidades. Inclusive, la fantasía juega un papel más importante que el hecho mismo. Algunos de ellos encuentran placer practicando la sodomía, el canibalismo, la necrofilia o la paidofilia. Si son atrapados, es frecuente que confiesen más crímenes de los que originalmente se les achacan, con un afán de protagonismo y notoriedad.

El asesino serial muestra un funcionamiento mental que delata una mente asesina (Abrahmsen 1973), expresada en una persistente motivación de matar y ausencia de sentimiento de culpa. Son asesinatos del amor, de la piedad y de la esperanza, cometidos por un *Self* omnipotentemente destructivo, identificado con la Muerte y la Maldad. Estos aspectos destructivos son idealizados y han aniquilado al *Self* libidinal (dependiente e infantil). La práctica de la crueldad, como sugirió Brenman (1985), tiene "una singular unilateralidad de fines,

que cuando se pone en ejecución (...), cumple la función de desterrar la humanidad e impedir la comprensión humana que altere la crueldad" (p. 256). El asesino serial es un ético de la maldad, donde las partes destructivas del *Self* secuestran los aspectos más sanos (realistas y responsables), que habían desarrollado la capacidad para distinguir el Bien del Mal, y que son enroladas en el remolino de una maldad implacable que se pone al servicio de la búsqueda fanática de la destrucción, al tiempo que mantienen la apariencia de una vida ordinaria y común.

Bollas (1992) dirigió su atención a la repetición de la conducta homicida, donde el asesino sobrevive al asesinato. Reflexionando sobre el objetivo, se pregunto si "se trata de una especie de trascendencia maligna" (p. 18).

Trascender significa el traspaso de los límites de la experiencia posible. Los místicos han sido quienes intentaron realizar esta experiencia, porque buscaron establecer contacto con Dios o con la realidad última que, como bien lo destacó Bion, es incognoscible. Bion (1970) describió al místico como aquél que establece contacto con Dios, diciendo que puede ser creativo o destructivo. En el primer caso, las demandas de su grupo son llenadas. El místico nihilista destruye sus propias creaciones, desde dentro o fuera, sin proclamar intenciones o métodos pacíficos.

La trascendencia maligna es la obliteración de los límites. Esta aniquilación es el *Rausch*, el estremecimiento, la excitación al ligamen místico con Hitler, la pertenencia perfecta (Friedlander, 1933). La violación de los tabúes (el asesino, el canibalismo), también puede ser igualmente excitante.

El asesino serial es un místico destructivo. Violando las fronteras, el espacio de la víctima es reducido a la mínima expresión, y es torturada, asesinada, mutilada. En una unión megalómana con Dios ("Yo soy Dios" decía Theodore Bundy, un asesino serial que fue ajusticiado en 1989)

invita a sus víctimas a un paseo por el Valle de la Muerte, la región que el Satanás del Paraíso Perdido de Milton intenta buscar y descubrir en su viaje solitario, una realidad diferente y, de esa manera, lograr la trascendencia de las necesidades inmediatas, intentando alcanzar una visión organizada del mundo.

Así pues, el asesino serial "viene del mundo que está más allá de la imaginación, desde el espacio que está más allá de la percepción y del conocimiento humano (Bollas p. 20).

Este espacio es anterior a la Posición esquizoparanoide, asociado a lo desconocido, lo inefable, lo inescrutable, la Realidad última, que está más allá de las palabras, de la contemplación, del conocimiento (Grotstein, 2000; Ogden, 1989).

Para Darío Sor, las conductas aberrantes, como las de los asesinos seriales, reflejan a "personas seriamente afectadas por trastornos no explorados ni conocidos en su dinámica y motivaciones inconscientes. Estaríamos ante una patología del vacío no vaciado (comunicación personal).

En el libro *Fanatismo* (Sor y Grazzano, 1993) se postula la existencia de fenómenos peores que las Psicosis y que darían cuenta de la infrahumanidad de algunas personas que parecen estar alejadas de la sensibilidad y valores propios de la raza humana. Las "áreas fanáticas de la mente" son zonas congeladas, de no-existencia dogmática. El fanatismo contiene la idea fanática o Idea Máxima, una idea dogmática que se caracteriza por no tener ninguna articulación con otras.

¿Por qué un individuo deviene un agente de la brutalización? Esta pregunta no tiene una respuesta, aunque sus historias sean traumáticas y dolorosas. Pero no alcanzan para poder explicar el funcionamiento mental de estas personalidades.

Habría un fracaso en el desarrollo temprano, que involucra al 'objeto del *Self* extraño'

descrito por James Grotstein (1982), quién sugirió, que este objeto del *Self* es una fantasía preconcebida que ayuda al niño a anticipar la presencia del extraño, vivenciado como un depredador peligroso. Esta expectativa innata es la base del miedo a lo extraño, vale decir, a todo lo que sea ajeno al ámbito familiar.

Cuando un progenitor, particularmente la madre, es el objeto del *Self* extraño, debido a un fracaso empático, abandono o falta de sintonía significativa, en lugar de internalizar este objeto como un aspecto temible, el sujeto se identifica con este objeto extraño; una introyección persecutoria que será una parte del *Self* del niño. Mientras que, en algunas personas, este objeto es percibido como fuente de ansiedad y terror, y proyectado al exterior, expresándose en temores hacia los demás, en el asesino serial, este objeto será una parte de sí-mismo. Este objeto del *Self* extraño es la presencia de la no- madre, otro extremo innominado e innominable, que es el destructor. Se trata de una no-existencia materna, la negatividad, el vacío.

La identificación con el objeto del *Self* extraño no deja espacio para otros objetos. Esto hace, que las relaciones con sus semejantes no sean humanas, sino que son vividos como presas que tienen que ser cazadas. En esta interacción, el poder y el control son dos aspectos cardinales de su comportamiento. Como ocurre siempre, el narcisismo se expresa a través de su forma patológica. La conducta violenta, como expresión del narcisismo patológico, no hace sino reflejar la defensa contra la desesperación.

El lactante evacua experiencias crudas no digeridas (denominadas elementos beta) como el miedo a morir, en una madre receptiva, que, a través de su vínculo empático transforma esta comunicación preverbal en un contenido más tolerable (Identificación proyectiva realista). La posibilidad de la madre de ponerle un nombre a la experiencia (mediante la transformación en la función alfa de su mente en los elementos beta

proyectados) otorga un límite semántico. Así, el hijo introyecta un modelo de la pareja pensante: la relación continente-contenido (Bion 1967).

En el fracaso de esta experiencia (por perturbaciones en el lactante o en la madre), la madre es sentida un objeto malo, que despoja a la proyección de un significado específico y lo devuelve como 'terror sin nombre'. Estos fracasos pueden ser tan aterradores que el asesino serial se identifica con la no-respuesta en sí misma, la nadiación infinita, el vacío o el dominio de lo no existente.

A escala fenomenológica, el mal se manifiesta en la Posición esquizoparanoide y en la imposibilidad de la mente para actuar como continente de emociones muy violentas, que se tornan intolerables. Así pues, el asesino serial proyecta su desesperanza, el 'terror sin nombre', en los objetos externos, haciéndoles sentir aquello que es incapaz de hacer, buscando darle un marco, mediante la intrusión violenta dentro del objeto.

La destrucción del semejante conlleva la fantasía de destruir el terror, luego de haber sido corporizado en la víctima. Los afectos asociados al objeto del *Self* extraño (Grotstein, 1982) como la envidia, el odio y el miedo persecutorio son movilizados y proyectados en el objeto, percibido como algo devaluado y potencialmente peligroso, porque ahora es portador de las introyecciones persecutorias del asesino. Todo esto se acompaña por la movilización del sadismo, que tiene un fin defensivo, porque protege al sujeto del objeto persecutorio, percibido como alguien que debe ser controlado, humillado y asesinado. Este ataque es acompañado por una forma especial de placer, que se experimenta como una forma de orgasmo mental, y que permite la conducta homicida sin ninguna conciencia ni responsabilidad.

Una vez llevada a cabo esa tarea, la cacería se reinicia en la búsqueda de nuevas presas que permitan expresar el sadismo y la liberación de

experiencias terroríficas. El homicidio muestra la búsqueda de la creación de un límite, porque documenta que el asesino está vivo, atacando la capacidad de la víctima de sentirse viva. Pero, además, la conducta destructiva parece mostrar un fin defensivo.

Bion (1970) mencionó un estado de 'no existencia', seguido de la evacuación de la 'no existencia', objeto hostil y lleno de envidia asesina "por la calidad o función de existencia, dondequiera que se halle. El 'espacio', ya como una representación, ya como una realización de la que el término se deriva, o a la que representa, se vuelve terrorífico o se convierte en el terror mismo" (p. 25).

La ausencia de la función de 'sostén materno', hace surgir una angustia inconcebible (*unthinkable*), portadora de una amenaza de anonadamiento, cuyas principales variantes incluyen la fragmentación, caída interminable, ninguna relación con el cuerpo, falta de orientación (Winnicott 1962, p.75).

En última instancia, la defensa es evitar la 'disolución del *Self*', una vivencia en un 'espacio mental' sin límites de una inmensidad tal, que ni siquiera puede estar representada por el espacio astronómico, y que da por resultado una agonía de estar consciente, sentimientos aterradores comparados a la emoción angustiante con la que se puede experimentar un shock quirúrgico, en que la dilatación brusca de los capilares aumenta de tal manera el espacio por el cual puede circular la sangre, que el paciente se desangra en su propio cuerpo (Bion, 1970).

Pienso que queda mucho por investigar acerca de estos Agentes del mal. El espacio impide una mayor profundización del tema, aunque quiero hacer mención a un hecho significativo. Se calcula que en América del Norte son más de 100 los asesinos seriales que están en libertad. ¿Acaso no constituyen una Legión de portadores de espíritus malignos?

Referencias Bibliográficas

- Abrahamsen, D. (1973) *The Murdering Mind*, New York Harper Colophon Books. Harper and Row.
- Agustine, S. T. *The Confessions* Chicago. Britannica Great Books 1952.
- Bion, W. R. (1967) Ataques al vínculo. En *Volviendo a Pensar* Buenos Aires. Hormé, 1996.
- _____ (1967) Una teoría del pensamiento. En *Volviendo a Pensar* Buenos Aires, Hormé, 1996.
- _____ (1970) *Atención e Interpretación*. Buenos Aires. Hormé, 1974.
- Bollas, C. (1992) *La Estructura de la Maldad*. Ponce Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Brenman, E. (1988) Cruelty and narrowmindedness. *International Journal of Psycho-analysis* 66:273-281.
- Friedlander, K. (1945) Formation of the antisocial character. En *Psychoanalytic Study of the Child* 1, 189-203.
- Grotstein, J. (1982): New perspectives in object relations theory. En *Contemporary Psychoanalysis* 18: 43:91.
- _____ (2000) Bion transformation in "0" and the concept of the 'trascendent position'. En P. Bion Thalamo; F. Borgogno; S Mecial (eds.) *WR Bion. Between Past and Future*. Londres Karnac.
- Klein, M. (1957) *Envidia y Gratitud. Melanie Klein. Obras Completas*. Vol 6 Buenos Aires. Paidós, 1975.
- Ogden, T. (1989) *La Frontera Primaria de la Humana Experiencia* Madrid. Julián Yebenes.
- Sor, D. Senet de Gazzano MR (1992) *Fanatismo*. Chile. Ananke.
- Winnicott, D. W. (1962) La integración del yo en el desarrollo del niño. En *Los Procesos de Maduración y el Ambiente Facilitador*. Buenos Aires. paidós, 1996.